

Luis B. Prieto F.

**Juicios  
y prejuicios**  
*sobre la política  
y sobre los  
políticos*



PRENSA LATINOAMERICANA S. A.

Impreso en Chile

## UN QUEHACER DE TODOS LOS TIEMPOS

LA POLITICA y los políticos son objeto de estudio inmemorial. Ya los sofistas se ocupaban de la formación de los políticos y dirigentes de los negocios públicos, en una época en que todavía el Estado era una incipiente organización. Platón y Aristóteles consagraron a la actividad política varios tratados que han servido de orientación a los posteriores teóricos de la materia. Muchos se inspiran en la expresión del estagirita: “El hombre es un animal político”, lo cual significa para este filósofo que la sociedad es el ambiente natural del hombre, porque éste no vive nunca aislado sino en comunidad. Sin embargo, esta afirmación tradicional en la filosofía política fue negada en los individualistas siglos XVII y XVIII y en las ideas de Hobbes y Rousseau. Para el primero el primitivo estado natural supone hostilidad permanente que hace del hombre lobo para el hombre. Rousseau afirmó que el estado primitivo fue de libertad absoluta y que la sociedad es la resultante de un contrato en el cual los hombres libremente consintieron en renunciar a una parte de su libertad. La naturaleza del contrato presupone la sociedad. La sociedad es previa a todo intento de contrato. Este es un producto social. Pero el análisis científico de la política, no obstante las influencias metafísicas de una época precientífica, lo realiza Maquiavelo en su discutida obra “El Príncipe” y en otros múltiples tratados, en los que se propone elevar la política a la categoría de una ciencia, cuyos resultados son previsibles si el Príncipe adapta su conducta a las normas que se le fijan para su actividad gubernativa.

Sobre la obra de Maquiavelo han caído denuestos y alabanzas, más de aquéllos que de éstas, porque los consejos endilgados al Príncipe muestran un cínico espíritu realista sin consideración alguna de normas éticas. Para Maquiavelo y sus seguidores, la moral y la política no tienen punto de convergencia. Es político y bueno todo lo que es útil para el Príncipe.

Acaso porque se contraponen las normas éticas a las normas políticas, según el pensamiento de Maquiavelo, la política y los políticos son el blanco de las más enconadas críticas, infundadas muchas veces, porque se juzga la política, no como una ciencia o como un arte de dirigir los negocios del Estado, sino como una suerte de actividad para el lucro o beneficio de los políticos. Por esta razón James Burnham, un confeso maquiavelista contemporáneo, siguiendo la tesis de su maestro, declara que la política persigue como objetivo fundamental “libertarse de las necesidades”, que en términos modernos equivale a la salvación eterna, porque para este autor “los hombres son seres con necesidades y sólo la muerte puede librarlos de esas necesidades”. “En definitiva, dice, el análisis político se transforma, lo mismo que otros sueños en la expresión del deseo humano o la admisión del fracaso en el terreno de la práctica.” No es de extrañar que para Burnham “Las palabras de alta jerarquía espiritual correspondientes al significado formal sólo sirven para despertar la pasión, el prejuicio y el sentimiento en favor de los propósitos reales disfrazados”.<sup>1</sup>

A pesar de los maquiavelistas, la política tiene una raigambre histórica y social y un contenido ético. Como ciencia de la dirección de los negocios del Estado está íntimamente ligada al ejercicio del poder. Se refiere a las luchas libradas para controlar los órganos del Estado, pero comprende los programas, las orientaciones ideológicas que implican responsabilidades inherentes a las funciones del gobierno. No podría explicarse hoy una política que no tuviese su base y orientación en una ideología, en un programa en el cual encuentren adecuada satisfacción las aspiraciones populares. Si el político aspira a gobernar es para realizar algo, que no puede ser sólo su egoísta deseo de satisfacciones materiales. Ortega y Gasset, brillante siempre pero lleno de contradicciones, cuando de analizar la actividad política se trata, en su luminoso ensayo sobre Mirabeau asienta que al político, al grande hombre no puede calificársele de egoísta en sus acciones porque en ellos “el

---

<sup>1</sup> James Burnham. “Los Maquiavelistas”, Págs. 33 y 35. Emecé Editores, Buenos Aires, 1953.

ego está ocupado casi totalmente por obras impersonales, mejor dicho, transpersonales. La oposición entre egoísmo y altruismo pierde sentido referido al grande hombre (al político), porque su “yo” está lleno hasta los bordes con “lo otro” su *ego* es un *alter* –la obra–. Preocuparse de sí mismo es preocuparse del universo”.<sup>2</sup>

## **POLITICOS E INTELECTUALES**

En este ocuparse constantemente de la obra por hacer, en esta capacidad creadora de realizaciones concretas encontraba el propio Ortega y Gasset la diferencia entre políticos e intelectuales. Hay dos clases de hombres, decía: “los ocupados y los preocupados: políticos e intelectuales. Pensar es ocuparse antes de ocuparse; es preocuparse de las cosas; es interponer ideas ante el deseo y el ejecutar”.<sup>3</sup>

En esta diferenciación entre políticos e intelectuales formulada por Ortega y Gasset se ve de inmediato la necesidad de ubicarse en un campo diferente, pues confiesa que no tiene predilección por la política porque pertenece a un tipo humano diferente. Pero ello conduce a situar al político en una categoría de hombre, en los cuales el pensamiento, las ideas no tienen función ni juegan papel preponderante.<sup>4</sup>

El análisis tipológico realizado por los psicólogos tiende a crear arquetipos que no existen en la realidad. El político es un intelectual cuya inteligencia está vuelta a una determinada forma de pensamiento. Así como

---

<sup>2</sup> Ortega Gasset. “Mirabeau o el Político, Tríptico”. Págs. 20 y 23. Colección Austral N° 181. Espasa Calpe Argentina S. A. 1952.

<sup>3</sup> *Ibíd.* Pág. 40.

<sup>4</sup> Ortega y Gasset en el prólogo de “La Rebelión de las Masas”, escribió en 1937, diez años después del admirable ensayo sobre Mirabeau, en el que ensalza las cualidades de éste como el tipo representativo del político, que “la misión del llamado ‘intelectual’, es en cierto modo, opuesta a la del político. La obra intelectual aspira, con frecuencia, en vano aclarar un poco las cosas mientras que la del político suele, por el contrario, consistir en confundirlas más de lo que estaban. Ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas en efecto son formas de la hemiplejía moral”. (Ortega y Gasset, “La Rebelión de las Masas”, Pág. 36, Revista de Occidente, Madrid, 1945).

el pintor y el arquitecto expresan en colores y en formas sus concepciones el político las trastrueca en acciones. “Política es tener una idea clara de lo que se debe hacer desde el Estado”, afirmaba Ortega. Pero no se trata sólo de tener la idea clara de lo que se debe hacer, sino tener la energía y la capacidad de realizarla, que es lo que caracteriza al político. Intelectualmente el economista, el técnico pueden tener ideas claras de lo que se debe hacer para resolver un problema o para alcanzar un determinado objetivo, pero carecen de la capacidad de decisión para seleccionar el medio y conducir la ejecución. Alejandro, frente al Nudo Gordiano, que planteaba una situación política, decidirá el conflicto con un tajo de sable, es decir, con una acción política.

No es, tampoco, como sostiene Ortega, que “el hombre de acción no ha menester de gran vigor intelectual para descubrir lo que hay que descubrir”, sino que su inteligencia es de un tipo que encuentra en el hacer su modo de expresión.

El político puro y el intelectual puro no existen como tales. Así lo reconoce Spranger, después de analizar sus seis formas de vida. Para este psicólogo lo que caracteriza al político puro es “el sentirse a sí mismo como poder, considerando que sólo así cumple su peculiar misión vital”. En este caso dicha misión aparece “como impulso vital primario, como actitud racional encaminado a un fin”. “El hombre político pone al servicio de su voluntad de poder todas las esferas de valor de la vida”. “Domina sobre los demás por medio de una técnica social... Fija su actividad en los puntos desde los que puede mover al hombre. Su conocimiento del hombre es una especie de conocimiento de su manejo mecánico, no un mero establecer conceptos técnicos”.<sup>5</sup>

Después de su análisis ideal del tipo político puro, esa especie de monstruo superespecializado, Spranger concluye diciendo: “que raramente se

---

<sup>5</sup> Spranger. “Formas de Vida”, Págs. 226-228.

observa en la realidad este tipo puro de hombre político. El poder supremo aparece siempre como poder *colectivo*. Esto presupone que los hombres se sienten en primer término solidarios y que viven los unos para los otros. Aquí está dado un vínculo social. Quien quiera llegar a ser vehículo y brazo de este poder colectivo ha de incorporarse algo del espíritu de la comunidad. Al ejercer dominio actúa en favor de los demás... El político individualista y simple es opresor, señor absoluto. Se cree el único que cuenta y que puede disponer de los demás. Mas, quien tiene en sus manos un poder basado en *fundamentos sociales* es siempre caudillo al mismo tiempo; pretende al gobernar, sembrar la felicidad y estimular y mejorar. Pero necesita reconocimiento... Su poder descansa sobre la unidad y comunidad de los gobernados”.<sup>6</sup>

Es baladí la diferenciación entre políticos e intelectuales, porque no es cierto que corresponda al intelectual, como tal, función dentro de la sociedad, sin ligamen con el quehacer de los demás. El pensamiento deja de tener valor si no está condicionado por un medio social, por una época, si no tiene su raíz afincada en un mundo conmovido donde la pasión es el eje de la acción y la idea está teñida con la angustia que aprisiona a la sociedad contemporánea. Carlos Marx enseñó que el pensamiento es una superestructura ligada a los intereses de una situación social determinada. Ideologías y utopías, que son creaciones intelectuales del pensamiento político, tienen en la raíz que se afinca en una historia de siglos, motivaciones sociales, que generalmente vienen de un origen inconsciente, razón por la cual el análisis freudiano, complemento obligado del marxismo, ha contribuido a desentrañar el arcano de muchos pensamientos y de muchas acciones de supuesta ascendencia inmaculada y desprendida, en los cuales se tropieza con un resentimiento adormecido, con un complejo de frustración que hace detestar lo que se aspiró a ser sin alcanzarlo. Con malignidad que ha costado caro a la ciencia de la psicología profunda, Freud enseñó que las actividades humanas

---

<sup>6</sup> *Ibíd.* Pág. 335.

fundamentales, ya provengan de la llamada esfera intelectual o de la pura actividad en que se quema la pasión del político, tiene su origen en zonas infraconscientes del ser humano; que las explicaciones que damos a los otros y que nos damos a nosotros mismos para justificar los actos que realizamos, más que explicaciones racionales son racionalizaciones a menudo erróneas o artificios con que pretendemos explicar procesos que nos son incomprensibles. Según Freud, la razón, que ha sido considerada como el instrumento de penetración y análisis de que dispone el hombre para la actividad científica y filosófica, no es la que gobierna nuestras acciones sino que, sin que lo podamos evitar, nos sirve para disfrazar las fuerzas ocultas que en realidad nos dirigen desde el fondo arcaico, de que habló Jung, de nuestro inconsciente primitivo.

Pensamiento y acción son las expresiones de una común preocupación. El uno no puede actuar sin la otra. La acción sin pensamiento, sin finalidad preconcebida es inquieto remolinear de ardillas, de que nos habla la fábula, que no guarda relación con la actividad auténtica del político. Ya lo decía Mirabeau: “La actividad, que lo puede todo y sin la cual nada se puede, tórnase turbulencia cuando carece de empleo y de objeto”.<sup>7</sup> De otra parte, el pensamiento que no sea capaz de conducir a una acción, que no “mueva molinos”, está condenado al desván de las cosas inútiles.<sup>8</sup> El artempurismo no es otra cosa que una excrecencia social, de igual manera que lo es el pretendido apoliticismo de los intelectuales, que se parapetan tras un burladero para gozar sin responsabilidad la lidia encarnizada entre las fuerzas sociales que buscan la justicia y pugnan por resolver los males de la humanidad, en cuyo centro trabaja arduosamente el dirigente político, y las fuerzas reaccionarias que han hecho tradicional la explotación, convirtiendo al hombre, de criatura humana en una bestia de carga.

---

<sup>7</sup> Cita de Ortega y Gasset. “Mirabeau o el Político, Tríptico”, Pág. 39.

<sup>8</sup> En la fronda de las contradicciones orteguianas se encuentra corroborada la inutilidad de la dicotomía entre políticos e intelectuales. Así nos dice Ortega: “No se puede excluir del político la teoría: la visión puramente intelectual. A la acción tiene en él que preceder una prodigiosa contemplación; sólo así será una fuerza dirigida y no un estúpido torrente que bate dañino los fondos del valle. Lindamente lo dijo hace cinco siglos, el maestro Leonardo: “La teoría é il capitano e la prattica sono i soldati”. (Ortega y Gasset. Ob. cit., Pág. 63).



## POLÍTICA Y MORALIDAD

Las peores agresiones contra la política y contra los políticos vienen de la zona de los moralistas. Ya expresamos que se pretende ver en la política una actividad en la que no interviene la ética, según el pensamiento de Maquiavelo. Se afirma que el político que concibe un fin no se detiene en la calidad de los medios para alcanzarlo. “El fin justifica los medios”. El magnicidio o crimen político, llegó a ser propalado y defendido por teólogos, políticos doblados de defensores de la fe, porque en ello iba la salud y la estabilidad de la Iglesia. Torquemada utiliza el martirio como medio eficaz contra la herejía, sin detenerse en su contenido moral. Y es porque en el político y en la política resolver un problema de trascendencia para alcanzar la libertad o la justicia, para resolver la miseria popular, para exaltar al hombre a su altísima condición de ser humano, la guillotina que cercena las cabezas reales y de los grandes oligarcas de Francia y de Europa no sirve para realizar una venganza ni un asesinato sino para apartar del camino del pueblo una rémora para su ascenso, para destruir un obstáculo, así como para permitir el libre tránsito de las aguas que irán a regar los sembradíos, la dinamita derriba montañas. Compartimos la afirmación de Aldous Huxley: los buenos fines sólo pueden ser logrados usando los medios adecuados, por la sencilla razón de que los medios empleados determinan la naturaleza de los fines obtenidos.<sup>9</sup> Y más todavía, compartimos, por tajantes y ajustadas a su objetivo, las palabras del gran político francés León Blum, porque, además, están dentro de la tónica de nuestro pensamiento: “Toda democracia, decía Blum, supone actividad libre y, en consecuencia, posibilidad de lucha; pero no es cierto que todo esté permitido en la lucha cívica, que todos los medios sean buenos y que el fin los justifique, ya se trate de los partidos, los grupos sociales, la prensa o los individuos; ninguna ventaja, ni aun siquiera una necesidad, justifican la mentira desleal, el abuso de la fuerza, la traición a los compromisos contraídos o a las palabras dadas”.<sup>10</sup> No obstante, fueron los

---

<sup>9</sup> Aldous Huxley. “El fin y los medios”, Pág. 15. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1950.

<sup>10</sup> León Blum. “Con Sentido Humano”, Págs. 180 y 181. Javier Morata Editores. Madrid, 1946.

mismos políticos que levantaron las guillotinas que hicieron rodar las cabezas de Luis XVI y de María Antonieta, los que consagraron los derechos del hombre y del ciudadano, dieron asiento permanente a la justicia en tribunales naturales y en leyes preestablecidas para conocer de las acciones de los hombres y juzgarlas. Gracias a esos hombres, Mirabeau entre ellos, víctimas muchas veces de la justicia que buscaban y de la injusticia que sembraron, creció la democracia en el mundo occidental. Ortega y Gasset, ante los que discutían la grandeza de Mirabeau, argumentando que “no hay grande hombre sin virtud”, habla de las grandes y de las pequeñas virtudes. Estas son las que modelan la vida sin horizontes del hombre común, incapaz de aventurar la crítica ajena porque es brizna que se quiebra al menor soplo de viento. Las grandes virtudes no caben en el alma de los pequeños, porque aquéllas están hechas para las grandes almas. Son esos focos rutilantes capaces de quemar todas las impurezas, por ello, cuando Rodó exalta la grandeza de Bolívar habla de una grandeza capaz de “magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes” El oro se cría en el cuarzo sin rebajar sus quilates. Sarmiento, para apostrofar a sus enemigos que le atacaban en la Cámara por los supuestos pecados que le manchaban las manos, levantando un vaso de agua cristalina, en palabras más o menos parecidas, exclamó: “Puros y limpios como el agua, pero como el agua insípidos. Yo he tenido que ensuciar las manos para construir la patria Argentina, pero puedo lavarme las manchas”. Los que le criticaban no tenían manchas, pero tampoco tenían obras. Mirabeau, con gran espíritu de tolerancia, acaso con cinismo, y con una certera visión de los hombres y de las cosas en cuanto sirven para realizar obra de provecho, decía: “yo no puedo excomulgar a nadie. En verdad, todo me parece bien: los sucesos, los hombres, las cosas, las opiniones; todo tiene un asa, una agarradera”. Es decir, toda oportunidad, toda circunstancia puede servir para el fin político de creación que se persigue y no hay que dejarla pasar sino tomarla por la agarradera, que los otros no ven o no tienen manos suficientemente ágiles y fuertes para tomarlas en su hora y punto.

En concordancia con la afirmación de Mirabeau, decía Lenín, a más de cien años de distancia: “No hay situación para la que no haya en absoluto

alguna salida”. Pero es al político a quien corresponde buscar y mostrar esa salida. Los críticos, que son observadores colocados al margen de la responsabilidad de los acontecimientos, argumentarán a posteriori sobre cuál es la mejor salida o cuál hubiera sido la aconsejable. La irresponsabilidad del observador le permite ser objetivo para la crítica, tanto más si ésta se refiere a un acontecimiento histórico. El político es actor y su función es realizar una parte del drama, que el pueblo aplaudirá o pitará de acuerdo con los resultados de su desempeño.

Al político se le pide actuar y quien actúa corre el riesgo de equivocarse, de perder el camino. Los que no actúan no corren esos riesgos, nunca se equivocan. ¡Qué triste destino! Lo importante para el político no es que acierte siempre, sino que cuando cometa yerros, los reconozca y sepa rectificarlos a tiempo. Así se demostrara la buena fe. “Los errores a veces son susceptibles de enmienda mientras que las omisiones producen un estancamiento irreparable en la mayoría de los casos y tienen como consecuencia una paralización general, una pasividad y una desmoralización”.<sup>11</sup> El asa de que hablaba Mirabeau, puede ser timón para cambiar a tiempo el rumbo incierto, para encontrar de nuevo el camino. Lo que no se perdona a un político es que deje de actuar cuando debe hacerlo. “Hacer las cosas, malas, pero hacerlas”, pedía Sarmiento en esta América nuestra atacada de parálisis en siglos de inercia colonial. Pero ese loco hacer de malas cosas, por hombres sin orientación ética y sin clara finalidad de un plan orgánico, sin la sincera vocación de servicio y esclarecida calidad moral de Sarmiento, produjo el monumentismo de cemento armado con que los dictadorcillos que hemos padecido creyeron levantarse un prestigio de relumbrón y llenaron las cárceles, persiguieron, robaron y mataron, no como políticos, porque no lo eran, sino como vulgares asesinos; pero esas obras, sin asidero en necesidad de pueblo, sin ligamen con fundamentales urgencias colectivas son la

---

<sup>11</sup> Hans Von Eckardt. “Fundamentos de la Política”. Colección Labor, N° 310. Editorial Labor S. A., Barcelona, 1932.

perpetuación de la arrogante petulancia de seudopolíticos, que por encima de los intereses de todos situaron sus particulares intereses de megalómanos.

Los seudopolíticos, son una categoría parasitaria de la organización del Estado, suerte de testaferros de la malechuría, alcahuetes del deshonor de la República, hombres sin conciencia de responsabilidad de ciudadanos y sin honestidad personal ni responsabilidad pública. Pero el hecho de que entre los rebaños los lobos se disfracen de ovejas para satisfacer mejor sus apetitos, no puede ser causa para denigrar de las virtudes de las ovejas, ni para desprestigiar las excelencias de su lana, ni el suave y delicioso gusto de su carne.

El político de casta, el dirigente de pueblos, el conductor de los destinos de una nación, es un hombre consustanciado con los ideales y aspiraciones del grupo humano que dirige. En él la multitud, mejor, el pueblo, se siente realizado. No tiene intereses personales, fuera de los de la dirección, que no sean parte de los intereses de su grupo y cuando actúa, más que a satisfacer ambiciones y deseos propios, procura realizar el bien de todos, dentro de los cuales su personal interés recibe compensación como un miembro de la comunidad.

El desinterés es la virtud cardinal del político auténtico. Su ambición suprema es el servicio y mientras lo presta en la mejor calidad y con la mayor extensión se siente más satisfecho, más dueño de sí, más dueño de la opinión, que al bien recibido responde confirmándole en el respeto, adhesión y consideración a su actividad ductora.

La pasión de dirigir y comandar, la vanagloria de aparecer en el primer plano de la opinión en el verdadero político van aparejadas a un propósito de bien público, que desde el poder aspira a realizar. El político es el hombre de la Nación. El afán de servicio merma en él todo propósito de lucro, porque éste, más que a exaltar la personalidad rectora tiende a rebajarla, haciendo descender al dirigente al mezquino menester de las cosas propias, con olvido

de los hombres y de sus conciencias que son el terreno donde actúa y se realiza íntegramente la misión conductora.

Para ser político no basta desempeñar un cargo. En la vida colonial americana muchos cargos se vendían en almoneda. Los cargos electivos del Foro, en Roma, los adquirían Patricios con dinero y vanidad pero sin las condiciones de estadista. Observa Von Eckardt, que en el caso romano “la adquisición de los codiciados puestos era posible, pero no el ejercicio de una influencia profunda sobre el pueblo. Los así nombrados podían prevaricar y enriquecerse, pero no eran capaces de influir en ningún sentido decisivo sobre la historia del Imperio Romano. Antes bien, tales personajes desaparecen de la escena tan pronto como se inicia un resurgir político o una nueva acción política”<sup>12</sup>.

Nuestra accidentada vida política ha tenido que padecer a esta laya de hombres. El Marqués de Casa León, sirviendo alternativamente a la Colonia o a la República, estuvo siempre cerca de los caudales públicos enriqueciéndose. Sin interés por el pueblo, del cual no aspiró nunca a hacerse caudillo ni intentó influenciarlo directamente, en los cargos administrativos no actuó como estadista creador, sino que con la maña del llamado por Hobbes *hombre económico*, puso siempre su interés por encima de los intereses de la República, a la que pierde maliciosamente, cuando los destinos de ésta estuvieron en contraposición con sus caudales. A los hombres de esta categoría no les seducen los honores ni la gloria, porque éstos no producen dividendos. Para ellos la frase de Bolívar, “La gloria está en ser grande y en ser útil”, carece de sentido. Ellos insinuaban al gobernante: “No me dé Ud. nada, yo no le pido, póngame donde haya”. Su ambición no es comandar, dirigir, crear, organizar. La apetencia material de bienes es su guía y luego de enriquecidos desaparecen por el foro, sin pena ni gloria, porque su única ambición se cifra entonces en que se les olvide en el retiro cómodo donde

---

<sup>12</sup> Hans Von Eckardt. Ob. cit., Pág. 47.

disfrutaran los gajes de su paso por el poder. Ahora aspiran a que no se les recuerde temerosos de que los sancione la Junta de Responsabilidad Civil y Administrativa, que persigue el peculado.

El auténtico político, de quien tan admirablemente habla Luis Barthu, el Primer Ministro de Francia, asesinado en un atentado perpetrado contra el Rey Alejandro de Yugoslavia, no conoce la tenebrosa senda del retiro. Para este el *“lasciate ogni speranza”* de Dante no existe, porque el político nunca pierde la esperanza, por eso nunca se retira. Su ambiente natural es el combate por el poder en el cual se realiza y por medio del cual realiza un destino de pueblo.

## **LA MENTIRA Y LA POLÍTICA**

ENTRE LAS CRÍTICAS que se formulan a los políticos se destaca la capacidad para mentir y la facilidad para ocultar la verdad. “Por lo que hace a los políticos, decía Spinoza, se les cree más ocupados en tender lazos a los hombres que en dirigirles hacia el bien, y se les considera más bien hábiles que prudentes”. La observación de Spinoza viene ligada a una crítica sobre los teóricos o filósofos que han concebido una naturaleza humana distinta de como es y cómo ellos querrían que fuese, creando para dirigirla una teoría que difiere de la práctica política, haciéndola, por tanto, inaplicable. Esta circunstancia le hace afirmar que “no hay hombres a los que se juzgue menos adecuados para gobernar un Estado que los teóricos, es decir, los filósofos”, porque éstos, apartándose de la realidad, querrían que los hombres fueran dirigidos no conforme a lo que son sino a como se les supone que deberían ser y critican a los políticos que han aprendido en la práctica. A éstos, dice Spinoza, “la experiencia les ha enseñado que habrá vicios mientras haya hombres, en consecuencia se dedican a anticiparse a la malicia humana, y ello por medios cuya eficacia se conoce en virtud de una larga experiencia, y que hombres movidos más bien por el temor que guiados por la razón, tienen

costumbre de aplicar; obran éstos de manera que parece contraria a la religión y sobre todo a los teólogos. Según estos últimos, el soberano debería regir los negocios públicos de conformidad con las reglas morales que los particulares deben observar. Sin embargo, no hay duda de que los políticos han escrito sobre materia política con acierto mucho mayor que los filósofos; como han tenido por maestro a la experiencia, no han aprendido nada que no fuese aplicable”.<sup>13</sup>

Para los críticos los programas, las promesas, los ideales, son vanas palabras de que el político se vale para alcanzar el poder.

Un programa político es siempre un enunciado general con base en el análisis de los problemas reales que presenta una nación. Contiene una promesa, que se torna compromiso para el político y para la organización que lo postula. Pero los programas en su realización, van adaptándose a la realidad política y social que cambia y se complica a medida que en ella se interviene. Por ello hay partes de los programas que se tornan irrealizables, por lo menos dentro de un determinado período. No todo cuanto el programa promete puede realizarse o para realizarse requiere previas transformaciones. Peca de impaciente o mal intencionado quien moteja de falso y mentiroso al político que modifica el programa o que para posibilitar su realización lo aplaza esperando circunstancias favorables que él mismo ha de propiciar.

El político de casta no tiene interés en engañar ni en mentir, porque dados los medios modernos de difusión de que disponen sus enemigos, las mentiras pueden ser propaladas con el fin de hacerle perder la confianza popular. En la lucha por el poder, los políticos que mienten por sistema se desacreditan. La mentira puede ser recurso de *camouflage*, para confundir al contrario que no juega limpio. Es el cambio de color del camaleón perseguido, el mimetismo salvador para los derrotados. En el político que triunfa la

---

<sup>13</sup> Spinoza. Cita de A. D. Lindsay. “El Estado Democrático Moderno”, Págs. 53 y 54. Fondo de Cultura Económica, México, 1945.

verdad es una gran arma de combate, que en la obra cumplida tiene cabal explicación. Sin embargo, existe la mentira piadosa, que crea esperanzas en quien no puede tenerlas, semejante a la del médico que busca reavivar las energías propias al enfermo que no quiere vivir o que no debe morir. Estas mentiras del político antes que daño hacen bien. La política democrática moderna tiene una gran base de sinceridad. Sólo en los regímenes totalitarios, donde la crítica no dispone de medios de difusión pueden sufrir ocultamientos los engaños del gobernante. El nazismo utilizó la mentira como medio para desacreditar a los enemigos inhabilitados para defenderse y hacerse oír de las masas. Minar con la mentira y la calumnia repitiéndolas, pensando que de ella algo queda, es una infamante manera de agresión, es un procedimiento irresponsable que usan ciertos grupos como respiradero del rencor. Dentro de la actividad política hay cuestiones cuya divulgación antes que aprovechar daña los intereses de la nación. No se trata solamente de los llamados secretos de Estado, que están generalmente ligados a la defensa y cuya divulgación prohíbe la ley, sino del diario hacer práctico. En estos casos la discreción señala el tino y el buen sentido del político. No se trata de decir mentiras sino de no propalar la verdad que se considera inoportuna.

En la actual democracia de masas éstas se sienten participes del poder y quieren estar informadas, de allí la importancia que cobra en los gobiernos contemporáneos un departamento de relaciones públicas y de informaciones, no para propalar mentiras como Goebbels, sino para llevar a todos la verdad sobre la obra del gobierno. Ahora no se trata de gobiernos enclaustrados, sino de gobiernos en contacto con el pueblo, que no acepta la mentira y reclama las verdades.

Ortega y Gasset, tantas veces citado, habla de la verdad propalada por el intelectual una vez que la descubre. “Su existencia, la del intelectual, dice Ortega, radica en el esfuerzo continuo por pensar la verdad y una vez pensada, decirla sea como sea, aunque le despedace”. Esto parecería indicar que al intelectual le interesa la verdad por lo que es, mientras que al político



le interesa por sus efectos. Que la verdad sea dicha aunque el mundo se venga abajo sería la consecuencia. Al intelectual le interesa la verdad, al político le interesa el mundo, la sociedad, sin los cuales la verdad no tiene sentido ni realiza función alguna.

Además, no es cierto que los intelectuales, como tales, tengan interés por la verdad, sobre todo si ésta se liga al sufrimiento y a la libertad de los pueblos bajo el terror. Testimonio de esa cobardía frente a la verdad silenciada es el libro de Julien Benda, “La traición de los intelectuales”. Y aún cuando nos duela expresarlo, Ortega murió en Madrid, silenciando la verdad de su pueblo escarnecido y humillado por la dictadura fascista, mientras los políticos españoles republicanos propalan la verdad desde el exilio y mueren por ella, mirando desde un pueblo fronterizo de Francia, en su imagen desmirriada y agonizante, la España de sus desvelos.

José Ingenieros, con la vehemencia que le era característica, rubricaba la cobardía de los intelectuales frente a la verdad que silenciaron por temor o por conveniencia. “Una docena de grandes filósofos, dice Ingenieros, intentó seguir los caminos que creía convergentes a la verdad; pero fue siempre tan grande la coacción del pasado, unas veces como persecución oficial y otras como resistencia de seculares rutinas, que los más transigieron con ciertas mentiras vitales que las supersticiones reinantes hacían considerar necesarias para el mantenimiento del orden social. En vano gimió alguno su irrevocable *¡E pur si move!*; en vano escribió algún otro su *Reivindicación de la libertad de pensar*; el principio de autoridad —político, religioso, social, universitario—, puso un candado en las bocas heréticas y casi todos los grandes filósofos callaron las “verdades peligrosas” o las renegaron defiriendo a las creencias vulgares.<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> José Ingenieros. “Proposiciones Relativas al Porvenir de la Filosofía”, Pág. 17. Editorial Losada. Buenos Aires, 1947.

Por otra parte, los criterios sobre la verdad varían con el tiempo y con las circunstancias. Las verdades de ayer son las mentiras de hoy o viceversa. Se necesitó el coraje de políticos interesados en el cambio social para imponer verdades que hoy son corrientes en la ciencia política como las de la igualdad de hombres y de pueblos, que aún siguen discutiendo filósofos trasnochados para negar oportunidades a los oprimidos y a los desheredados, sin que dejen de participar en esa mentira políticos, que con ello defienden intereses, y formas de poderío.

El hombre es él y sus circunstancias, dice Ortega, y esas circunstancias determinan sus verdades. Lo que para unos es bueno y útil para otros resulta reprobable. El político, el gobernante, tiene que buscar la mayor utilidad para el mayor número y en esa forma convertirá en verdad lo que negarán con encono los que en el mayor bienestar se sientan afectados. “Todo se ve del color del cristal con que se mira”, afirmaba el poeta, y un ilustre tratadista del Derecho Político decía: “las nuevas prescripciones de bondad y las nuevas posibilidades de vida común no se inician en la sociedad como un todo. Las ven primero unos pocos y no siempre las reciben con agrado las mayorías. En cualquier caso se tarda algún tiempo antes de que la visión de esos pocos se acepte de modo tan general que pueda convertirse en una norma social y ser reconocida por el Estado. La distinción de contenido entre la pauta moral mínima reconocida por los derechos que mantiene el sistema jurídico y la vida moral libre vivida bajo la protección de esos derechos no es algo fijo. Llegamos un momento en que las tumbas de los profetas se construyen en los muros de la sociedad”.<sup>15</sup>

Entre los pocos a que se refiere Lindsay, que intuyen la verdad, la propagan y llegan a imponerla se encuentran políticos, y esas verdades, que parecían mentiras para muchos han costado sacrificios y esfuerzos, ardorosa fe en los destinos de la humanidad, en los cuales se afianza, cuando es

---

<sup>15</sup> A. D. Lindsay. Ob. cit., Pág. 136.

auténtico, el deseo de poder, la ambición de dirigir, a fin de hacer posible la verdad que se intuye y que es pasión desbordante en el político verdadero.

## **DIRIGENTES Y DIRIGIDOS**

Característica de toda sociedad organizada es que unos manden y otros obedezcan, es decir, que haya gobernantes y gobernados, dirigentes y dirigidos.

El político verdadero es, por definición, el que ejerce el poder, o lucha por alcanzarlo y para cuyas funciones ha de entenderse que tiene adecuada preparación. El poder, la función política, dentro de los regímenes dictatoriales, los ejerce el dirigente en su propio nombre. El impone la norma y la hace ejecutar. La discusión de lo que debe hacerse y el cómo hacerlo es fijado en forma autoritaria, en las órdenes que imparte. Se da por descontada la aceptación de los gobernados, que no tienen oportunidad de disentir. La expresión de Luis XIV: “El Estado soy yo” define en forma gráfica la naturaleza política de esa clase de poder y de dirección.

En los regímenes democráticos, los poderes políticos del dirigente emanan de los dirigidos, que en él se sienten representados. El reúne la voluntad de todos y la expresa en un acto de poder, en el cual da satisfacción a las aspiraciones, deseos y necesidades del pueblo gobernado. Estas dos maneras de gobernar señalan las diferencias entre autocracia y democracia, pero no indican diferencias en la naturaleza del poder ejercido por el dirigente político. Tanto en el dirigente autocrático como en el dirigente democrático la voluntad de mando y dirección emanan de un impulso interno avasallador o deseo de ejercer el poder. Pero no el deseo en su forma imprecisa, que puede no llegar a materializarse en un hecho real, sino de la naturaleza de la vocación, que es dirección del espíritu hacia un objetivo, en cuya realización y sólo en ella encuentra sosiego el ánimo batallador del político. Pero la

vocación, el impulso absorbente, el inquebrantable esfuerzo por alcanzar el poder y ejercerlo, por realizar la función política de dirección, no se queda tampoco en la pura vocación. Esta debe ir acompañada de la aptitud para el comando. Así se confirma la recia personalidad del líder, entera en la resolución, hábil en la determinación de los objetivos y en la selección de los medios para lograrlo. Sigue su impulso, pero lo condiciona al cumplimiento de una misión en la cual están presentes los grandes valores en que su espíritu vive inmerso. Sin sometimiento a una escala de valores, sin la adhesión a los requerimientos de la comunidad que vive dentro de determinados marcos valorativos, tampoco puede darse dirigente político auténtico.

Ya lo expresaba Spranger en significativas frases: “Sólo quien obedeciéndose a sí mismo se somete en la propia intimidad al requerimiento del sumo valor, posee las cualidades necesarias para guiar convenientemente a los demás y someterlos al influjo de la propia orientación valorativa”.<sup>16</sup>

Podría pensarse que ese sometimiento a los valores que modulan la vida de una sociedad inhabilitaría al dirigente para promover y realizar los cambios que la constante movilidad del mundo y de la sociedad consideran necesarios. De ninguna manera. Para proponer el cambio el político ha de considerarlo primero como necesario y sentirlo él como tal. Para hacer cambiar a otros que están bajo nuestra dirección es necesario que ya antes se haya operado en nuestro espíritu una transformación en el sentido que propiciamos y haga promover en los dirigidos no sólo una actitud de aceptación sino un movimiento dentro del cual el cambio aparezca como reflejo del propio querer, que el líder no ha de hacer otra cosa que acoger y propagar.

En las funciones de comandar y obedecer se produce una interpenetración estrecha y permanente y el dirigente lo es en la medida en

---

<sup>16</sup> Spranger. Ob. cit., Pág. 242.

que, sin dejarse arrastrar, pueda aprovechar lo que de los gobernados viene para incorporarlo como forma expresiva de su propia obra de dirección. Así, dejándose influir, influye. Ha de saber obedecer, porque sólo así podrá regular el efecto y alcances de sus disposiciones y en la ley, que es un lazo anterior a él, o que viniendo de él le obliga, igual que a los gobernados, deberá encontrar siempre el instrumento de realización de su destino de orientador. Otra vez las palabras de Spranger sirven para expresar este pensamiento. “El que ha de educarse para mandar ha de aprender, en *primer término*, a reconocer una ley y a obedecerla. El camino hacia el dominio sólo pasa por la obediencia y el camino hacia la obediencia propia en el desarrollo del espíritu individual pasa por la obediencia de otros”. Esta obediencia es el precio que ha de pagarse por hacer obedecer a los demás. “Nadie acaba más preso en la dependencia que quien aspira a situarse a la cabeza y se lanza a la lucha por el poder.<sup>17</sup>

En un libro nuestro, “Concepto del Líder” conocido poco en Venezuela, analizamos la personalidad del líder, en cuyas características no podemos insistir sin alargar demasiado este trabajo. Sin embargo, diremos que el político es una clase de líder, colocado en el tope de la escala de dirección del Estado. No debe confundírsele con el funcionario público, simple ejecutor técnico de las determinaciones políticas del gobernante. Cuando los funcionarios asumen actividades de dirección política, dado que aspiran a llevar su visión recortada de especialistas a las funciones del Estado, la política se convierte en menester sin proyecciones y sin altura. La burocracia es buena si realiza eficientemente sus funciones administrativas y se hace acreedora a respeto y consideración mientras mejor interprete los programas, los planes, las orientaciones fijadas por los políticos que dirigen desde los cargos de comando del Estado. Su ineficacia, muchas veces entorpece la labor creadora del político y sus vicios se reflejan en la administración, salpicando las vestiduras de aquel. Pero, así como no se puede prescindir de los engranajes que mueven una máquina el político tiene que contar con la

---

<sup>17</sup> Spranger. Ob. cit., Págs. 236 y 241.

burocracia, que a menudo es una pesada carga, lastre en el fondo del barco, que puede servir para mantenerlo a flote o para producir su hundimiento. Allí también se revelará el juicioso criterio del político de casta. Seleccionar sus colaboradores entre los más capaces y entre los mejor compenetrados de sus planes y de sus ideas será siempre ideal. Pero en los países en los que la burocracia forma una clase con escalafón y estabilidad, cuando más podrá lograrse agilizar el trabajo desde los cargos de comando, donde actuarán como espuelas, hombres que por la obra política empeñarán su honor y están dispuestos a realizarla, defenderla y exaltarla.

Mantener la política a la altura de la idea, liberándolo de la acción de los segundones desprovistos de iniciativas y carentes de ideales, apetitos solamente o mediocre consagración a un menester rutinario, es labor de exaltación del noble espíritu que lleva al político hasta la dirección, no para el beneficio, sino para el servicio esclarecido de una causa, la causa del pueblo.

La acción del político no es pastoreo de fantasmas sino dura labor de realidades. Don Quijote peleará contra los molinos de viento. El poeta, con ciego entusiasmo se bate “contra la gigantesca sombra de los caminos”.<sup>18</sup> En la ruta del político acechan injusticias reales, la miseria y el hambre populares, la incultura de una masa que sufre abandono y busca amparo. Aspas que mueve el viento de una pasión desenfrenada de apropiación y de despojos son enemigos ciertos, contra los cuales ha de convocar el gobernante las potencias todas de un encendido espíritu de lucha. Desde el poder el político puede realizar el bien que anhela y evitar el mal que detesta, si se pone por encima de sus miserias instintivas y alza la acción de gobernar más allá del menester cotidiano, para entrar en la historia. Desde la oposición el político puede y debe, sin la arteria y la mentira, que rebajan y envilecen a quien las usa como medios de lucha, orientar la acción del gobernante e impedir que se desvíe del noble objetivo concebido en los programas. Oponerse

---

<sup>18</sup> Luis Enrique Mármol. “La Locura del Otro”. Caracas.

es también responsabilidad de gobierno, si se ejerce con espíritu levantado. Sólo una miope concepción de la política, puede convertir la oposición del que aspira a gobernar también en un respiradero de calumnias. “La vileza y la deslealtad, afirmaba Von Eckardt, siempre serán un error en la política, puesto que el éxito no se conseguirá sin el asentimiento de la opinión pública procedente de la masa”.<sup>19</sup>

Quien predica el desastre y lo propicia no merece gobernar, porque sobre el desastre no puede construirse. Coto Paúl, convocando la anarquía como furia devoradora para conquistar la libertad de la patria en 1811, en hermosa frase demostraba una demagógica actitud, distante de la certera previsión del político, que asomaba ya en Bolívar, de su misma generación, quien pedía eliminar vacilaciones y poner sin temor “la piedra fundamental de la libertad americana”, que, ese mismo día 5 de julio de 1811, colocó el Primer Congreso de Venezuela al declarar la Independencia.

Hacer la política implica vivirla en todos sus peligrosos contratiempos y en todas sus hermosas perspectivas, mirando al porvenir, pero afincado en las realidades del presente. Contra la acción del político se concitan ocultas fuerzas. Los pequeños no le perdonan su encumbramiento, los otros le discuten la oportunidad. Sólo el pueblo sabe medirlo en su justa dimensión. El político sincero buscará en esta medida y sólo en ésta la estatura cabal de su destino.

---

<sup>19</sup> Von Eckardt. Ob. Cit., Pag. 160.

Este ensayo ha sido  
reproducido de la  
revista "Política".  
Número 1. Setiembre  
de 1959 - Caracas,  
Venezuela.

**TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.**

**Transcripción, corrección, diseño y diagramación:**

**Licdo. Frank Omar Tabasca**

frank\_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Abril de 2024